

Editorial

Déficits bibliotecarios

Las vacaciones de este verano nos brindarán entre otras cosas la oportunidad de visitar y conocer pueblos de nuestra geografía, localidades más o menos atractivas por su historia, por su enclave o, sencillamente por su clima agradable. A poco que nos movamos podremos observar la existencia en ellos de buenos polideportivos y/o magníficas piscinas municipales. Y no hablemos de otro tipo de instalaciones de carácter lúdico.

Por el contrario nos resultará más difícil dar con una biblioteca pública. ¿Razones? Pueden ser varias:

Porque no existe.

Porque existe, pero no está señalizada.

Porque existe, pero está cerrada.

A veces la biblioteca existe y está abierta, pero cuando entramos y la vemos se nos cae el alma a los pies.

Claro que esto sucede si viajamos. En el caso de preferir quedarnos en casa y, con toda la comodidad del mundo, leamos las estadísticas y los informes nos quedaremos transidos de satisfacción al ver el gran número de bibliotecas que han sido creadas en los últimos años.

Y es cierto, las estadísticas no engañan; pero la evidencia tampoco. Ante esta disyuntiva lo aconsejable es realizar un seguimiento de la información. Esta vía nos conducirá a la lamentable realidad que muchos conocemos:

—Bibliotecas que, aún estando creadas, no se abren porque el Ayuntamiento nos la data de personal, ni de presupuesto propio.

—Bibliotecas que arrastran una triste existencia: precarias instalaciones, personal inadecuado, un horario prácticamente testimonial, fondos bibliográficos de pena, etc.

Está claro que para un elevado número de ayuntamientos no constituye una exigencia prioritaria dotar a sus ciudadanos de un buen servicio bibliotecario que les facilite lectura e información. En lugar de ello orientan sus esfuerzos hacia actuaciones que se traducen en mayor popularidad y más ventajosa proyección de la propia imagen política.

Ante esta situación la AAB estima conveniente la realización de un estudio de déficits bibliotecarios en Andalucía de forma que, en conjunto como comunidad, y pueblo por pueblo, ciudad por ciudad, todos sepamos qué tenemos y qué nos corresponde tener.

Todos los estamentos e instituciones implicados en la lectura pública, así como la propia opinión pública deben conocer puntualmente cuáles y cuántos son los déficits de nuestro sistema bibliotecario (en bibliotecas, en libros y publicaciones periódicas, en audiovisuales, en equipamiento, en personal, en horario de servicio, en instalaciones, etc.). Así nadie podrá alegar ignorancia.